

“ADIMRA ES CLAVE PARA PROTEGER A LOS INDUSTRIALES DE LA COMPETENCIA DESLEAL”

Omar Esquivel y Cristina Barolin

Los orígenes

Omar: Nací en Buenos Aires el 2 de marzo de 1943. Mis padres fueron Oscar Alfredo Esquivel y Velia María Donati; tengo un hermano cuatro años mayor que yo, René.

Por el año 1934, mis padres, que tenían veintidós años y estaban recién casados, llegaron a Buenos Aires desde Casilda, Santa Fe, buscando nuevos horizontes.



Los hermanos Esquivel con su primera laminadora, durante la visita de Héctor Barolin.

En esa primera etapa en la capital, trabajaron dignamente, realizando tareas domésticas en casas particulares y en todo lo que les aseguraba el progreso.

Mi padre soñaba con un tallercito; llevaba la industria en su mente y en su corazón, sueño que acompañó con gran tenacidad.

En el fondo de la casa que alquilaron, y con la ayuda de una fragua y herramientas que él mismo había fabricado, comenzó con sus primeros inventos.

Al poco tiempo, sus dos hermanos llegaron también de Casilda y entre los tres crearon su primera laminadora de acero. Eran años muy difíciles, aun para obtener los insumos básicos; quemaban en un descampado cubiertas de auto inservibles, y del talón de las mismas obtenían el acero que necesitaban.

Otro de los insumos imprescindible era el carbón, que conseguían caminando detrás de los trenes, que en ese tiempo funcionaban con una caldera alimentada por el fogonero que echaba paladas de carbón. Algunos trozos caían a las vías, donde los tres hermanos Esquivel los recogían en bolsas de arpillera, para utilizarlos luego en la fragua del taller.

Así, comienzan a fabricar cepillos de acero circulares y estropajos para raspar ollas, todos productos de uso cotidiano y bajo costo.

En ese primer tallercito me sumé junto a mi hermano y mis primos. Desde muy temprana edad aprendimos la cultura del trabajo y del sacrificio.

De ese modo surgió, a base de puro esfuerzo, nuestra industria. Me emociona ver la foto donde mi padre y mis tíos muestran esa primera laminadora, que dio lugar a la fábrica de laminación de acero de los Esquivel.

Como para muchos, también para ellos la necesidad fue madre del ingenio.

Cuando ya les empezó a ir mejor, mi papá al ver que la familia crecía, decidió iniciar su propia historia industrial y nació Evel. A la empresa la llamó así por la abreviatura de Esquivel. Los orígenes se remontan a 1950, a un galponcito en el fondo de nuestra casa en Av. General Paz y Av. Juan Bautista Alberdi, del barrio de Mataderos.

Empezó de manera artesanal y de a poco fue creciendo y progresando.

Cuando yo tenía apenas diez años, colaboraba ya con algunas de las tareas en el taller. Era hábil con las manos. Recuerdo que con el torno y unos palos de escoba que le saqué a mi mamá, fabriqué las piezas de un juego completo de ajedrez. A los doce, construí un rifle 22. Pero quizás la anécdota que mejor habla de mi precoz pasión herrera, sea la de aquella vez en que noté preocupado a mi padre porque su coche gastaba demasiado aceite y no funcionaba como él quería.

Oscar Alfredo Esquivel,
fundador de la empresa.



Lo sorprendí cuando unas horas después de habérmelo comentado, ya había desarmado el motor completamente. No me retó y eso me animó a seguir adelante. Volví a armarlo pieza por pieza; y el auto funcionó perfectamente tres años más.

Estudí hasta sexto grado. Mis padres querían que cursara el secundario. Pero a mí me interesaba trabajar en la fábrica, donde también participaba René.

Comienzos productivos

Cuando yo andaba por los quince años, mi padre pasaba la mayor parte del tiempo ayudando a los hermanos, que estaban pasando por problemas en su fábrica de laminación de acero; en esa época, además, René había sido convocado para el servicio militar.



Cintas fabricadas artesanalmente. Año 1960.

Por lo tanto, siendo todavía un adolescente, tuve que comprometerme en el liderazgo de la empresa y asumir responsabilidades muy importantes; por entonces contábamos con unos cinco empleados.

En aquel entonces, producíamos entre dos y cinco cintas métricas por día y estábamos abocados a buscar un método para imprimirlas mejor. Nadie podía resolver los inconvenientes que se presentaban. Tras pensar mucho en el problema, a los dieciséis años, inventé y puse en funcionamiento una máquina impresora. Fue la primera en su tipo.

Esa máquina funcionó durante una década. Cuando andaba por los veintiséis años, fabriqué una nueva máquina, totalmente automática, que todavía funciona.

A mis treinta y un años, se produjo un acontecimiento fundamental en mi vida: me casé con Cristina, matrimonio que, con la guía de Dios, cumple más de cuatro décadas de felicidad compartida.



Personal de Evel. Año 1965.

Cristina: Nací en lo que es hoy la ciudad de La Paz, que por aquel entonces era un pueblo, en la provincia de Entre Ríos. Mis padres fueron Héctor Barolin, hijo de un inmigrante italiano, y de Claudia Andrea Chevaley, de origen suizo. Soy la menor de tres hermanas mujeres. En mi familia eran campesinos y por eso cursé la primaria en una escuela rural. De los míos heredé una profunda fe, que supe transmitir a muchos.

Haciendo industria en Argentina

Omar: Fuimos atravesando con nuestra empresa las distintas épocas de la economía, haciendo industria en un país donde no es sencillo obtener logros en ese aspecto.

Creo que la única forma de subsistir en Argentina es dedicarse siempre a lo importante, sin perder el foco.



Presidente Omar Esquivel. Año 2017.

En las épocas buenas, nos fuimos expandiendo: compramos el terreno de enfrente de casa en Av. General Paz y luego, otro lote.

En las épocas malas, nos achicábamos. De cuarenta empleados, llegamos a quedarnos con sólo ocho. Nos pasó en tres oportunidades: con Martínez de Hoz, durante la segunda presidencia de Menem y durante la crisis del año 2001.

En los tiempos de poco trabajo, intentábamos inventar cosas. Fabricamos espátulas, metros plegables, niveles para albañiles y resortes; todos artículos que, como la cinta métrica, también se venden en ferreterías. La cuestión era no bajar los brazos ni darnos por vencidos.

Evel, hoy

Actualmente, nuestra planta está ubicada en el Parque Industrial de Tristán Suárez, partido de Ezeiza, donde contamos con un plantel de treinta empleados, entre operarios y administrativos.



Personal de la empresa y familia.

Nuestra especialidad son las cintas métricas de acero de distintos tipos. Fabricamos hasta cuatro mil cintas por día, de entre tres y cincuenta metros. Muy lejos quedaron aquellas cinco que, como máximo, se hacían en los comienzos.

Fuimos adquiriendo, además de una gran experiencia en el rubro, impresoras de última generación, automáticas y de gran precisión.

Hoy, trabajamos con una red de unos trescientos mayoristas y distribuidores en todo el país. Evel es muy reconocida en el mercado nacional, y toda nuestra producción se destina al mercado interno donde estamos muy bien posicionados.

Hemos exportado en escasas oportunidades a Brasil, Uruguay, Venezuela y México. Actualmente el mundo está invadido por cintas de origen asiático que llegan a precios irrisorios y hacen que sea imposible competir.

Antes, había fábricas de cintas métricas en todo el mundo. En la actualidad, prácticamente, la gran mayoría se encuentra en China. Los chinos terminaron con todas, menos con Evel.

Por eso, siempre exploro formas de mejorar la actividad, para que la nuestra no sea una más de las que caen. La última maquinaria, nuevos modelos, productos y matrices constituyen la representación de esa búsqueda continua que intento desarrollar. Próximamente estamos por sacar al mercado una Cinta Premiun automática de diez y de cien metros.

Claro que uno no está solo en eso. Contamos con un equipo muy unido, gente que trabaja con nosotros de toda la vida. Mi relación con el personal es muy cercana.

Cada mañana, en cuanto entro a la fábrica, empiezo por cebarles mate a mis empleados; hago mi recorrido por cada puesto, hablando con cada uno de ellos. También trato de darles oportunidades para que progresen. La matricería, por ejemplo, la hace mi amigo Pascual Caserta y sus hijos, a quien conozco desde los doce años, porque trabajaba en la fábrica.

Gremialismo empresario

Cristina: Con los años fui involucrándome en distintas formas de participación empresarial. Actualmente, soy presidente de CAFHIM, Cámara Argentina de Fabricantes de Herramientas, Instrumentos de Medición, Moldes y Matrices, la única mujer en la mesa de directorio.

También soy integrante del Consejo de ADIMRA.

Formar parte de la cámara es de máxima importancia. Es un apoyo fundamental, sobre todo en tiempos difíciles.

Desde CAFHIM hemos impulsado medidas contra el contrabando de cintas métricas. El rol y el apoyo de ADIMRA ha sido y es clave para proteger a los industriales de la competencia desleal y también en asesoramiento en diferentes frentes.

Es importante que todos los industriales tengamos conciencia de estos temas que nos afectan.

El legado

Cristina: Me casé cuando cumplí los dieciocho años. Nuestros hijos son Mayra, Kevin y Pablo. Mayra como socia y Directora de la sociedad anónima, es parte fundamental en el ordenamiento de la producción y también en las reuniones para la toma de decisiones. Su marido, el Contador Leonardo Angione, es parte de Evel como asesor externo y también como la persona en quien delego y delegaré responsabilidades cuando me retire. Ellos nos regalaron la felicidad de hacernos abuelos de Chiara, que tiene quince años; Fiorella, de trece y Giulia, de siete.

Kevin y su hijo mayor tienen una pequeña distribuidora de herramientas. Él también es el presidente del salón de eventos para trescientas personas, que es propiedad de nuestra familia. Está casado con Erica Beaufil. Nuestra dicha



Omar Esquivel y familia.

de abuelos se completa con los tres hijos que tuvieron ellos: Agustín, de veinte años; Aylén, de casi dieciséis y Tomás, de trece.

Pablo Isaías, nuestro hijo menor, tiene treinta años; en su propio taller trabaja para terceros y también atiende una de nuestras máquinas.

Por mi parte, estudié de grande, ya casada y con hijos. Terminé el secundario que había abandonado en mi adolescencia, a los treinta y cinco años. Después fui por más: me recibí de Licenciada en Administración de Empresas y agregué dos años más a la carrera para obtener la Capacitación Docente, que me habilitó para poder enseñar varias materias relacionadas.

Omar: Muchas empresas familiares fracasan por falta de planificación de la sucesión. Nosotros estamos trabajando para que el proceso se desarrolle de manera ordenada, de acuerdo a un protocolo.

Nuestro día empieza cuando Cristina me lleva el mate a la cama. Todos se ríen cuando decimos que allí asistimos a nuestra primera reunión de directorio.



Los Esquivel-Barolin.

Charlamos de todos los temas de la fábrica. Juntos también, leemos la Biblia y oramos. Recién después salimos a trabajar.

A mis setenta y cuatro años, sigo con nuevos proyectos y desarrollos. Me impulsa reconocer que la nuestra es una empresa de sesenta y cinco años que sostuvo a lo largo de su extensa trayectoria los mismos valores. Yo continué con los que me dejó mi padre. Aprendí de él que en los momentos difíciles es cuando más se debe aplicarlos.

Tal vez, a eso se deba que desde hace cuatro décadas mantenemos el eslogan de “las buenas medidas se toman con Evel”, un lema que alude mucho más que a una cuestión de dimensiones; también a ese aspecto ético y espiritual que define nuestra actividad y nuestra vida.

Hablar de Evel es hablar de familia, de esfuerzo compartido, de cultura de trabajo y del celeste y blanco como colores que representan el sentimiento patriótico que acompaña nuestro hacer desde hace tantos años.